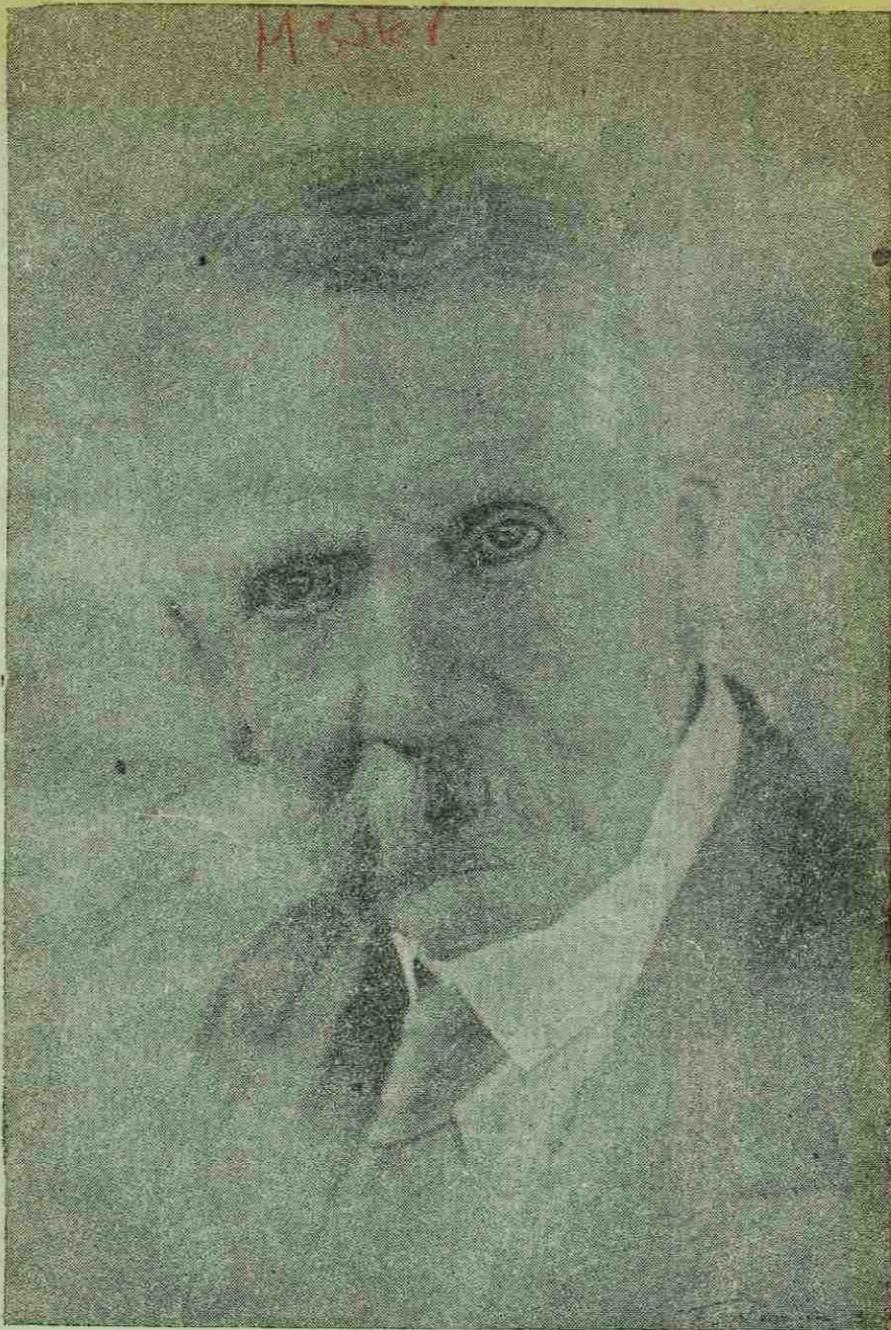


7108
Nº 4488

4788

VICENTE MORENO MORA

M 2367



REMIGIO CRESPO TORAL

VICENTE MORENO MORA

4788

928

mf 220

INTRODUCCION

REMIGIO CRESPO TORAL

CUENCA—ECUADOR

1939

13 =

VICENTE MORALE MONTA

1978

REMIGIO CRESPO TORAL

1978

INTRODUCCION

Este libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante los últimos años en el campo de la historia de la literatura española. El autor ha querido presentar un panorama general de la evolución de la novela española desde sus orígenes hasta nuestros días, tratando de destacar los aspectos más importantes de su desarrollo y de su influencia en la cultura española.

El libro está dividido en tres partes. La primera parte trata de la novela en sus orígenes, desde el siglo XVIII hasta el siglo XIX. La segunda parte trata de la novela en el siglo XX, desde el inicio del siglo hasta la actualidad. La tercera parte trata de la novela en el futuro, desde la actualidad hasta el siglo XXI.

El autor ha querido presentar un panorama general de la evolución de la novela española desde sus orígenes hasta nuestros días, tratando de destacar los aspectos más importantes de su desarrollo y de su influencia en la cultura española.

INTRODUCCIÓN

Plumas maestras, galanas—la de Manuel J. Calle, la de Honorato Vázquez—han trazado ya la figura literaria de Remigio Crespo Toral. Acaso, nada reste por decirse. Mas, al comprender que cada uno tiene su conocimiento de los hombres, me dediqué a escribir este somero estudio biográfico. Si me he equivocado en él, no importa; rectifíquese; empréndase la biografía completa y definitiva de Crespo. Así, este ensayo llegará a ser prolífico.

Y he emprendido este trabajo en el afán de despertar curiosidad por la obra de un prosador y poeta desconocido por propios y extraños. En el nativo solar, se lo admira; pero no se le conoce ni se le comprende.... como dice Pérez Petit al hablar de Rodó. A los de afuera casi no les ha llegado ni la prosa ni el poema de Crespo. Cuando más allá de los lindes patrios se revisa la literatura ecuatoriana, no se recuerda siquiera el nombre de este Poeta. Luis Alberto Sánchez, uno de los críticos más documentados de América, en su HISTORIA DE LA LITERATURA AMERICANA, si lo menta a Crespo, es sólo para decir que es un "prestigio oficial".

La causa de este desconocimiento es la ineditez, que dice Gonzalo Zaldumbide, en que quedan las escasas ediciones de los libros ecuatorianos. La culpa tiene, también, nuestro Gobierno que, encerrado en estrecho círculo, no cumple con todos sus fines culturales, al igual que México, la Argentina, el Uruguay, cuyas bibliotecas, Ministerios de Educación, sociedades literarias, hacen una inteligente propaganda de lo mejor de la literatura nacional.

Y, por último, he emprendido esta labor en el empeño de presentar a la juventud una figura merecedora de admiración y respeto; jamás de desdén u olvido, como se piensa en las filas de avanzada Bien está que se sea rebeldes, que se abra nuevos caminos, que se busque nuevos horizontes; pero esto no implica el rechazo a los valores de otros tiempos. Crespo es un simbolo del pensar y sentir de su época. Así lo presento, manteniéndome en un plano estrictamente objetivo del que, al margen de la discusión, analiza ideas y sentimientos.

He preferido darle una forma sucinta a este ensayo, sin detenerme en nimiedades, en anécdotas, en hechos accesorios que no trascienden al conjunto, para, de este modo, tentar a la lectura, para la cual apenas si se dispone de tiempo en medio de la inquietud y la frivolidad de este siglo

Las citas que hago de sus estudios en prosa son tomadas de su obra titulada ENSAYOS, de LA UNION LITERARIA y de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA. Los fragmentos de sus poesías son desglosados de MI POEMA, de LEYENDA DE HERNAN, de LEYENDAS DE ARTE y de LA OBRA POETICA DE CRESPO TORAL por Honorato Vázquez.

SUS PRIMEROS AÑOS

Una ciencia natural, espontánea, fruto de adivinación y ternura, tienen algunas madres para el cultivo del espiritual jardín de sus hijos. Nadie ha puesto en las manos de ellas el libro de sabiduría que enseña la comprensión de las almas; sin embargo, la madre, con maravillosa expertez, en muchas ocasiones, es la insuperable maestra. En los dulzores del canto, en las mieles del beso, en los ojos rientes de paz o en las pupilas veladas de llanto, el niño aprende la santa virtud del amor.

A Remigio Crespo Toral le cupo la suerte de tener el abrigo de una de estas sabias mujeres.

Inmenso debe de ser el apostolado que ella ejerció para con su hijo, cuando éste, con hondo y sincero reconocimiento, solía decir que "todo lo que es le debe a su madre". Y su filial y acendrado amor lo expresa, primero, en la dedicatoria de MI POEMA: "A mi madre, como homenaje de gratitud y de ternura"; luego, para ella son sus añoranzas con música de poema; y para ella el ACUERDATE DE MI, grito lacerante de dolor que el Poeta exhala cuando ella le deja en la angustia sin nombre de la orfandad.

* *

En los silenciosos y escondidos campos de Quingeo, en medio de humilde ambiente, discurre la vida de sus padres: don Manuel Crespo Patiño y doña Mercedes Torral Sánchez de la Flor. Él, dedicado a labores geórgicas, a sembrar la simiente y a cosechar el fruto para la paz y la alegría de la mesa. Ella, diligente y cristiana, multiplicándose para el bien de los suyos y el amor de Dios. Ambos tienen los ojos fijos en el Cielo: los de él escrutan en las nubes de la tarde y en las nubes de la noche los funestos presagios de heladas y sequías; los de ella implorantes se alzan a lo Alto para rezar, beatíficos, el PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS.

¡Vida apacible de égloga! El espíritu se remansa, se extasia ante la desnuda e impoluta naturaleza, y escucha, en los silencios montañeses, más claras las voces del misterio

Dos hijos constituyen la alegría, el cuidado del reciente hogar. El 4 de Agosto de 1860 adviene el tercero: Remigio. ¡Un nuevo sueño para sus padres! Crece el niño al amparo de los maternales mimos, en medio de la granja, cuyo grato recuerdo queda grabado para siempre en la mente del Poeta. Luego, la madre comienza a mostrarle el camino de la vida. Preocupación primordial suya es cultivar en él el amor a Dios. Póstrale de hinojos ante el hogareño altar, enséñale a juntar las manos, y murmura la oración para que también la murmure el pequeñuelo.

No miras, hijo?

La Virgen mueve el orbe, el sol enciende,
y de la noche el pabellón extiende.

Así le habla la madre. Imprégname de religiosidad el espíritu del niño; y éste, una vez poeta, sigue contemplando lo sobrehumano de la naturaleza

No es sólo el ambiente del hogar el que le envuelve en aromas de fé; es el de la urbe y el de la campiña empapados de sonos de campanas y de litúrgicos rezos. Hay campanarios en las ciudades y campanarios en las aldeas. Rezan los urbanos y rezan los campesinos. Mas, cuando se hiperestesia este sentimiento es en los días de mayo, como canta el Poeta:

¡Es la hermosa estación de la plegaria,
mes de las almas y la gloria, Mayo!

Mayo. Auge de primavera. Los campos se visten de flores. Enamoradas, las aves madrigalizan sus ensueños. Las almas creyentes elevan sus plegarias a la Virgen. Los poetas cantan de rodillas ante el altar del Cielo. ¡Viejas costumbres de mi tierra!

La madre es, también, la que le enseña a su hijo el amor al hogar. Celosa, le retiene a su lado. Háblale de sus sueños y amarguras. El niño, poco a poco, hace suyos los dolores y alegrías de la casa.

El padre, que vigila el campo, que poda un árbol, que endereza una rama, es el que siembra el amor a la naturaleza en el corazón de su párvulo; o el que, a la luz de una lámpara, al recordar las hazañas guerreras de antañones tiempos, despierta en él el amor a la Patria y el amor a la Libertad.

* *

El poder de superación se revela en Crespo desde muy temprano. A los seis o siete años siente la necesidad de aprender a leer. Mira cómo sus padres, sus hermanos hallan horas placenteras en el libro. Entonces él, sin más maestro que la curiosidad, se dedica a conocer las letras. Pronto domina el arte de la lectura, y ve colmados sus primeros sueños. Luego, por sí mismo, se adiestra en nuevas disciplinas rudimentarias del saber.

A los catorce años abandona el campo. Matricúlase en el Colegio de los Jesuitas. El ambiente del aula no es sino una continuación del de su hogar; de tal suerte que su espíritu no tropieza con vallas que llevan al titubeo.

Maestros de verdadera prestancia cultural se encargan de su educación. Familiarizante con los clásicos griegos y latinos. Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Virgilio, Horacio, Ovidio, con su literatura vital y animadora, le conducen al Reino de la Belleza.

Todo parece que se acopla para la florescencia de su espíritu. La voz de su madre le despierta el oído para que escuche la verdad. Análogo empeño les guía a sus mentores. Por la misma época, el Obispo Toral, varón sapientísimo y santo, se encarga de ser el conductor del adolescente en los caminos de la ciencia, el arte y la vida. El ejemplo, la palabra henchida de sabiduría, el libro clarividente que pone en sus manos, le muestran la lumínica senda que lleva a la cumbre...

En el aula, su alegría, su franqueza, su fácil com-

prensión, su amor al estudio, pronto le dan alto relieve a su individualidad. En el año 1.875 asoma en él el escritor. En el LICEO DE LA JUVENTUD, cenáculo literario presidido por Julio Matovelle, se revela como tal: comienzan a entallecer las simientes arrojadas en su espíritu.

La lengua del Lacio, que la domina a los 17 años, le sirve para robustecer sus conquistas culturales. El Mantuano, con sus EGLOGAS Y GEORGICAS, alimenta en él su amor a la naturaleza. Horacio le sirve de consejero para que se mantenga eurítmico en el campo del arte. Tíbulo pone un son de querella en la música de sus jardines.

EL PROSADOR

El Ensayista

EL PROSALOR

El Ensayista

Educado en el amor a la verdad, a la belleza, a la justicia, el espíritu de Crespo sufre un brusco choque con la realidad cuando comprende la miseria de ésta. Eran entonces los tiempos de un burdo militarismo. Veintimilla hace del Gobierno una bacanal. La mesnada, la canalla son sus ídolos. Los nobles de espíritu, aberrojados en el silencio, se debaten angustiados bajo el yugo del despotismo. Mas, llega la hora de hablar.... Montalvo, animoso en la filípica, diestro en la caricatura, escribe, desde el destierro, las páginas de fuego de las CATILINARIAS, y le coloca en la picota del escarnio al crapuloso General....

Crespo, bajo el imperativo de la verdad, ansioso de estigmatizar el crimen, sediento de justicia, funda, por insinuación del P. Miguel Franco, el CORREO DEL AZUAY, periódico político y literario.

Cuenca tenía ya su tradición en este campo. Solo no, el fundador del periodismo en esta provincia, al mismo tiempo que enseña la amenidad y variedad en este género, levanta cátedra de valor y franqueza, que ha-

cen de él invencible polemista. Por este mismo camino siguen sus conterráneos Mariano Cueva, José Manuel y José Antonio Rodríguez Parra, Ramón y Antonio Borrero Cortázar, Manuel J. Calle, Víctor León Vivar, etc., etc.

Crespo, en EL CORREO DEL AZUAY, luego en el PROGRESO, se presenta como crítico, polemista, historiador. En todos estos aspectos revela profundidad de pensamiento, claridad y amplitud en el estudio de los hechos sociales, y justicia en la comprensión de los hombres.....

* * *

En el periodismo puede advertirse varios planos: la crónica política—fugaz, graciosa, chispeante—; el editorial—sesudo, enjundioso, orientador—; el ensayo—panorámico, profundo, filosófico.

Así debió de entender Solano el periodismo cuando le dió tan diferentes tonalidades a EL ECO DEL AZUAY, en cuyas páginas se encuentran el párrafo combativo, el artículo político que razona y descubre caminos, junto al ensayo biográfico que avalora las virtudes del gobernante o el guerrero.

Crespo Toral, aunque no posee el enciclopedismo de Solano, no carece, sin embargo, de una maravillosa multiplicidad, que le permite trajinar por difíciles campos del saber. Conforme pasan los años se aleja del periodismo político. La meditación de la plenitud sucede a la fogocidad moceril. Llégase, entonces, al ensayo, al estudio vertical y trascendente, que luego ha de reclamar la vida duradera del libro. El año 1892, en socio de Cornelio Crespo Toral, de Miguel Moreno y Honorato Vázquez, funda LA UNION LITERARIA, revista que adquiere puesto de honor en la bibliografía ecuatoriana. En ella da a luz ensayos de diferente índole, así como su valioso estudio de síntesis, PLEITO SECULAR, sobre el conflicto que nuestra Patria sostiene con la vecina República del Perú. En AMERICA LATINA, en la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, en la REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS Y GEOGRAFICOS DEL AZUAY, continúa publicando valiosos estudios, en los cuales se admira, ya la hondura y el vuelo del pensamiento; ya la prosa viril, espontánea, flexible, que, a momentos, deslumbra por la precisión de la imagen o la metáfora, y, en ocasiones, por la mordacidad rastallante

con que cae sobre las espaldas de los mercaderes de la política. Casi siempre escribe desde lo alto, en actitud majestuosa y en tono solemne de juez. Esta la razón para que su prosa tenga sonoridades que retumban, y sus períodos, como los de Martí, sean fulminantes rayos para los enemigos de la libertad.

Las ideas que vierte en sus ensayos filosóficos, históricos, literarios, nacen de la fuente del cristianismo, en cuyas aguas aplaca, desde la adolescencia, sus sedes de saber; y en las cuales sigue bebiendo sabiduría a través de libros de exégetas y de sermonarios, que ahondan más y más su fé en los dogmas de la Religión Católica.

“Es la Religión la que encadena, en los lazos de la inmortalidad, las miserias de la existencia presente con las reparaciones excelsas de ultratumba”.

Palabras son éstas que no pueden brotar sino de un espíritu íntimamente convencido de la verdad religiosa.

* * *

En política tiene conceptos justos, que recuerdan los de Montaigne y Montesquieu. Odia la demagogia, el individualismo exagerado: enemigos de la armonía social, que es la esencia misma de la vida de un Estado. Demócrata, propugna una libertad bien entendida; jamás el libertinaje, que es camino de la anarquía.

“El fanatismo de la libertad lleva en si mismo el castigo que pronto llega”.

La verdadera libertad jamás puede ser ilímite. Ella tiene su término: el derecho de los demás. Ya dijo Engels: “No consiste, pues, la libertad en la fantasía de una acción independiente de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes que permite dirigirlas sistemáticamente en vista a determinados fines”.

Mientras Montalvo, al saber el cruento epilogo de García Moreno, exclama, en tono de gozosa soberbia: “Mi pluma lo mató”, autorizando y ensalzando el tiranicidio; Crespo, desde las columnas de EL CORREO DEL AZUAY, combate fervoroso esta nefasta doctrina, propia de la pasión política enloquecedora, y propia de ciertos momentos de canibalismo y vandalaje.

“¡Cuán peligroso el que un ciudadano cualquiera juzgue a un magistrado, en la soledad de la convicción, al

calor de un criterio alimentado por las pasiones, sin testigos, sin defensa del culpable; y lo condene a muerte en un tribunal especialísimo, y él mismo ejecute la sentencia”.

Así escribe, más tarde, al contemplar cómo el puñal de la salud ha enrojecido y enrojece el mundo . . . Mas, esta condenación no sólo debe grabarse en la conciencia de los de abajo, sí también en la de los actuales Césares que han entronizado el asesinato clandestino—gemelo del tiranicidio—como arma política para la defensa de la forzada y engañosa paz que ofrecen las dictaduras de este momento, cuya única razón de ser es el miedo de los unos y la fuerza de los otros . . .

El ideal que hace remontar el espíritu más allá de lo posible, no florece sino allí donde existe el anhelo de lo mejor, el ansia de perfección: en el temperamento soñador y constructivo. Crespo Toral es uno de éstos. No enmudece, resignado, ante el odio y la venganza que arrasan el campo del derecho y la justicia. Confiado en la bondad del Evangelio, dice, al oído sordo de las gentes que se agitan entre los tumbos de la política, palabras de mansa admonición:

“La doctrina del perdón, la práctica de la misericordia restablecen el equilibrio de la ciudad, y traen la salud y la paz, que perduran en el amor mutuo y en el temor al Legislador del mundo”.

Las ideas de Bolívar, que iluminan la infancia de nuestra vida independiente, encuentran generoso albergue en el espíritu de Crespo, admirador de todo lo que es grandeza y verdad.

“Fortificar la autoridad, y que sea respetada, para consolidación de la paz, es práctica que aconseja la filosofía del derecho”.

Su visión de estadista observa cómo reina, en épocas ya avanzadas de la República, la misma confusión que en sus albores; y comprende que sólo un Gobierno fuerte es capaz de asegurar el destino de la Patria. Mas, este concepto de política, que abriga en vista de la turbulencia del país, no le lleva al extremo de propugnar la dictadura: partidario es de regímenes respetuosos de la libertad y el derecho ciudadanos. Y, así, al trazar la gigantesca figura de García Moreno, recuerda, como estremeciéndose de pavor, de la “TERRIBLE LITURGIA DEL CA-

DALSO.....” y al rememorar las “DEMASIADAS” de su cesarismo, exclama:

“Quizás la clemencia habría dado más fruto, y para una cosecha definitiva de paz.”

Para Crespo, repúblico de verdad, el gobernante debe ser una armónica conjunción de energía y respeto, de severidad y clemencia, de justicia y moralidad. Fiel a este pensar, con teólogos y publicistas de valía, reconoce el derecho a la revolución, cuando la autoridad desvirtúa su propia esencia.

“Justa es, honrada y nobilísima, y casi siempre heroica la resistencia contra los malhechores públicos, que suprimen los derechos primordiales anteriores a la sociedad política, y los suprimen desde la posición privilegiada del poder.”

Del concepto que tiene de la personalidad de un gobernante, deriva el de la sociedad, que es cabal y dilatado.

“La sociedad no se hizo a que entrandó en ella, a grave su situación el individuo, sino para que la mejore.”

De incalculable proyección para lo futuro es su concepción de autonomía, base de la grandeza de un pueblo. Ella coincide con el pensar de algunos hombres de América que, airosamente rebeldes, han abierto campaña para la defensa de lo propio. En todos los pechos libres tendrán eco por mucho tiempo estas advertencias suyas:

“Un pueblo que entrega sus industrias a los extranjeros, tributario de la ciencia y del dinero que lo convierten en esclavo, muy presto dejará de ser, para mendigar en su propia casa, y perder su nombre y su personalidad, en una confusión de intereses y de ideales, que tendrá de cualquier cosa el carácter, pero no de sociedad, que es familia más o menos grande, pero familia, por la unidad, la fraternidad y la aspiración colectiva.”

Sus ideas sobre educación nos recuerdan las que Bolívar se formó en torno de este problema, así como la inmensa fé que Sarmiento depositó en la escuela. Admírase, además, en los conceptos de Crespo, una comprensión cierta de la fundación educativa.

“El problema de la felicidad social se traduce en

problema pedagógico. La enseñanza abraza todos los horizontes de la existencia: lo presente y el más allá, el campo de la percepción, y el infinito no visto y adivinado.”

“Si un pueblo se ha de constituir a fin de ser algo en la historia, deberá preparar individuos sanos de alma y cuerpo, aptos para el trabajo.”

“La educación prepara al individuo en la lucha por la vida y para la empresa de su bienestar”.

Llega, en este plano, a un justo eclecticismo. Aprovechase de teorías al parecer contradictorias. No rechaza ni la finalidad práctica de la educación, defendida por Decroly, por Dewey; ni el idealismo preconizado por Wyneken, Vasconcelos, etc. Tampoco aboga por la educación unilateral, que pospone ciertos valores. Crespo anhela la formación integral —espíritu y materia— que tienda a la armonía y felicidad del individuo.

La misma pedagogía social de Natorp, se refleja en algo en sus conceptos.

“La educación redúcese... a que el hombre y el ciudadano sean útiles a sí mismos y a sus semejantes, factores de su propia felicidad, organismos conscientes de su destino.”

* * *

No sólo se preocupa de lo que atañe a su terruño o a su Patria; su aquilina mirada abarca la vida de un polo a otro de la América. Bucea en el génesis de ésta, recorre los vericuetos de su sociología, contempla su pasado, otea su porvenir. Tal como para el nativo suelo, ansía para este continente días de paz, de justicia, de libertad. Duélese del fracaso de la Liga Anfictiónica soñada por Bolívar.

“Pasó éste como estrella errante sobre el cielo americano”.

“La Confederación por él establecida habría ido hasta el fin, para gloria de los contemporáneos y asombro de los venideros.”

A su serena visión no se le oculta el papel de salvaguardia que ha ejercido en América la doctrina de Monroe. Si advierte las fallas en su aplicación, no dispara contra ella los dardos retóricos de los incomprensivos.

“La declaración de Monroe, si no significó libertad en el propio dominio, contribuyó a cerrar la frontera entre América y Europa”.

De acuerdo con este pensamiento y con la realidad americana, encuentra no poca bondad en el Panamericanismo.

“El Panamericanismo es un hecho, un ideal mayor que el hecho, y programa internacional que pesa sobre los destinos humanos, y cuya trascendencia al porvenir no siquiera puede adivinarse: tal es la energía de la concepción, que lleva en sí misma la fuerza expansiva y dominadora”.

Al contemplar el distanciamiento suicida en que viven las repúblicas de América, insinúa, remozando el sueño de Miranda, de Bolívar:

“La unión fraternal, íntima, sin revez, ni desconfianza, de todas las naciones hispánicas, para actuar confederadas dentro del Panamericanismo con lealtad al ideal de raza, sacrificando resentimientos, olvidando ofensas, todo en bien de la comunidad general, para redimirla, salvarla, y entregarla al futuro, que es nuestro dominio”.

Entrañable es la fé que guarda en el destino de América. Como Vasconcelos, la mira grandiosa e imponente en lo futuro.

“América significa la incógnita del porvenir, la reserva de una nueva constitución, el centro para la mutualidad de pueblos y naciones”.

“La riqueza va amontonándose en el nuevo mundo, y sus mercados valen ya más que aquellos famosos de la antigua ruta de Damasco hacia la India y el Catay. Acá las materias primas de todas las industrias, el café en toneladas para la alimentación de los nervios y el cerebro. América, granero del mundo, posee, además, el subsuelo inagotable, desde donde salta el petróleo al margen del filón en que las venas de la roca resplandecen con el oro, el diamante y el platino. Acá la floresta inmensa, la selva eterna, las praderas sin lindero, y para embellecer la riqueza, las magnificencias avasalladoras del paisaje, que son también valor y riqueza; el Niágara, el Iguazú, los grandes lagos, los Andes colosales, los ríos oceánicos”.

Desde Humboldt, propios y extraños, todos los que observan con penetrante mirada la naturaleza de Améri-

ca, no hacen sino deleitarse ante sus múltiples milagrierías. Crespo Toral que, a través de la ajena y la propia visión, conoce los tesoros de este hemisferio, no puede por menos que admirar y exaltar, como poeta y pensador, el tesoro de estas Indias. Mas, toda esta fantástica riqueza, si no se la conquista con heroico tesón, de nada sirve al indolente que la posee para mayor tortura de su miseria. Para esta cruzada económica, Crespo señala acertado camino:

“Eduquemos profesionales para aprovechamiento de la fecundidad de nuestro suelo, de sus veneros; de sus mares; para utilización de las fuerzas aquí prodigadas y para producir riqueza —órgano del poder y garantía de la vida internacional. Mendigos de ajeno progreso, de ciencia extraña, nuestra libertad será relativa y nuestra independencia inferioridad. La América hispana ha de fundar la confederación de la economía, el tesoro común, el trust de las empresas viales, la banca asociada, la uniformidad de las tarifas, el ZOLL VEREIN común, el código de las relaciones civiles. Manejemos el crédito propio sin pordiosear en los mercados judaicos donde ayizoran con ojos de moneda, las águilas rapaces de la conquista financiera..... Legislación uniforme, moneda única, tribunal de honor, justicia penal sin diferencias, harán nuestro prestigio y ventura.”

Admirable en su conciencia, su espíritu americanista que, en muchos puntos, coincide con el de los grandes pensadores de América que preconizan la estimación y cuidado de lo autóctono. Ingenieros, en otrora, sugirió la autonomía económica de Suramérica; Haya de la Torre, la defensa de los valores americanos: medidas todas para asegurar el derecho, la libertad, la fraternidad de Indoamérica.

Las nuevas actitudes de algunos países de Europa han venido a revolucionar la política mundial. En todas las latitudes se vive en perenne sobresalto entre las garras de los actuales dictadores, que tratan de realizar viejos sueños cesaristas..... Europa, América, el Asia presencian, recelosas, las conquistas de Alemania, de Italia, del Japón. Como nunca, el problema racial adquiere alarmantes características. El nazismo, el fascismo, no reconocen la autoridad de tribunales: ni las vallas del derecho. Extiéndense por todas partes: se adueñan, poco a poco, del espíritu del mundo. Ante estas circunstancias impre-

vistas, hora es de preguntarse cuál de las corrientes de política internacional le cabe adoptar a Indoamérica para escudo de su autonomía, el Latinoamericanismo? el Indoamericanismo? el Panamericanismo? El Latinoamericanismo, sueño ingenuo y superficial, se asienta en lo meramente lírico y romántico. El Indoamericanismo tiene raigambre étnica y geográfica. Y el Panamericanismo —evolucionado, depurado— no entrañaría la abolición del Indoamericanismo, corriente espontánea y natural. Políticos como Raúl Haya de la Torre, que luchan por la “reinvindicación de los factores autóctonos americanos”, reclaman, sin embargo, la intervención siquiera moral de los Estados Unidos.

“¡Qué bien haría a tantos pueblos que sufren la brutalidad torturante del despotismo, si el Presidente de los Estados Unidos, en nombre de los principios internacionales, inalienables y permanentes de la Democracia, lanzara su acusación directa contra los tiranuelos criollos! Cuánto ganaría en simpatía el gobierno estadounidense entre nosotros y cómo ayudaría así a educar cívicamente a nuestro pueblo! Y, además, cómo ganaría la posición moral americana en su cruzada de paz y democracia ante el mundo. (LA NUEVA DEMOCRACIA. Diciembre, 1.937)”

Y Raúl Haya de la Torre, que ha hecho en su obra A DONDE VA INDOAMERICA? un recuento detallado de las fallas del monroismo, es antipanamericanista; pero aspira a un amistoso equilibrio entre los pueblos de este continente.

“Yo estoy seguro que el día que se lograra una verdadera y sólida amistad entre Indoamérica y Estados Unidos, entonces oiremos una exclamación como ésta: acabemos con el Panamericanismo para ser amigos de los Estados Unidos”.

Precisa es la manera con que, el Jefe del Aprismo, enfoca el problema político de América. En verdad que al Panamericanismo le toca ser más sincero, más consecuente consigo mismo; limar sus asperezas imperialistas, que le colocan en pugna con algunos pueblos de este hemisferio, y llegar a una concordia americana, para su grandeza y la nuestra.

La fase intercontinental del Panamericanismo, aquello que

“en su Mensaje de 1823, Monroe declara que verá un peligro para la paz y la felicidad de los Estados Unidos, no sólo en las ambiciones conquistadoras o reconquistadoras de las provincias extranjeras en América, sino en toda tentativa de extender el sistema político de Europa en este hemisferio» (J. Zorrilla de San Martín. EPOPEYA DE ARTIGAS. Tº. 2º. pag. 182)

acaso está llamada especialmente a efectivarse en estos momentos de peligro para el espíritu de nuestros pueblos

El Panamericanismo a que aspira Crespo es un Panamericanismo fraterno, que reconozca los derechos de los pueblos. En todas estas elucubraciones el que le guía es el genio atalaya de Bolívar. El le ilumina su pensamiento de político, de educador, de internacionalista, de historiador y vidente.

El Historiador

La Historia, poco a poco, ha ido divorciándose de la fantasía que le llevaba al error, para entrar en una era de verismo, hasta donde le permita el criterio humano que descansa en una defectuosa información. De lo fantástico pasa a lo cronológico, luego a lo moralizador, más tarde a lo épico y, por último, a lo semicientífico.

El Ecuador no carece de maestros en este campo de la literatura. Si al comienzo, por ausencia de disciplina, por falta de documentos, el P. Velasco se pierde en la nebulosa de la imaginación, después, González Suárez adapta un criterio objetivista, que causa escozor en muchos espíritus Varios son los nombres que podrían mentarse como representantes de este género en el Ecuador; aunque es de advertir, asimismo, que no se llega aún a la historia comparativa, interpretativa, científica, como quieren las modernas teorías.

Entre éstos ocupa sitio de honor, Remigio Crespo. No estructura la Historia General, pero aborda la monografía histórica, la síntesis filosófica de largos períodos de nuestra vida política. Su espíritu, hecho al vuelo panorá-

mico, al impulso fogoso de inspiración, no gusta de andar a tropiezos entre los fatigosos y, a veces, intrascendentes documentos; sube, más bien, a su atalaya, y, desde allí, severo, hace pasar, como por una pantalla, a hombres y sucesos, con sus luces y sombras, sus grandezas y pequeñeces; ensalzando a los unos, reprochando a los otros, para luego sumirse en la meditación o lanzar el sonoro rayo de luz que ilumine lo futuro

En la mirada retrospectiva que tiende sobre la vida del Ecuador en cien años, juicios tiene que revelan al historiador y al filósofo. No incide en las parcialidades de aquellos que, como Marius André, entre otros, tratan de velar la realidad de la dominación española en América; Crespo, con tono rotundo, peculiar en él, lanza acusaciones como éstas:

“En cuatro siglos, estas vastas Américas, fueron hacienda y feudo de América: de España e Inglaterra señaladamente”

“Regidas y administradas desde muy lejos, la justicia se daba tarde, mal o nunca; la colonia no tenía más valor que el de la mina que da oro a sus señores; y no se adivinaba entonces, ni en el más distante límite del horizonte, la posibilidad de la autonomía, tal como Inglaterra supo darla a sus posiciones de ultramar, o la emancipación, así como le concedió el Portugal al Brasil, trasladando a éste lo mejor y lo más noble de su solar europeo”.

“Bajo el Gobierno español, ni habríamos sido mejores, ni prosperado más, pues todos los vicios consuetudinarios en América arrancan de España, y el individualismo cerrado y la insolencia revolucionaria, españoles fueron y de España vinieron con el mismo Cortés, con Balboa, con los Pizarros, con Carvajal: Gonzalo Pizarro fué el primer revolucionario y el primer INSURGENTE”.

“En cuanto a las letras es incuestionable que la condición de la colonia habría dilatado el progreso de aquéllas aquí, a lo menos en el sentido de darles color local y dulce sabor a la tierra propia”.

Después, con lupa de sociólogo, con sentimientos de libre, estudia nuestra independencia: la justifica, la enaltece, la bendice. Mas, en este punto, de desear hubiera sido que ahonde en los impulsos ocultos que les movieron a los criollos para la magna gesta pero el epismo de nuestros historiadores les impide el análisis de los hechos en toda

su profundidad, que es en donde se encuentra la raíz de los sucesos. Luego, con mano segura, desgarrar velos y desnuda verdades.

“Lo que quisieron nuestros mayores, lo que se anheló conquistar con ríos de sangre, lo que ellos intentaron dejar en herencia a sus hijos, no fué una realidad; lo fué para algunos más tarde; y para muchos de nosotros no llega todavía”.

El patriota se apesara hasta lo íntimo al contemplar la esterilidad del sueño de independencia, la esterilidad de la lucha, la esterilidad de la victoria Compara nuestra pequeñez de bebedores de cieno, de bordeadores de precipicios, con la grandeza de otros pueblos, y se amarga más su amargura de buceador Todo sigue, en verdad, como antaño Sólo que ahora nos gobiernan hombres con caretas de demócratas; pero el pueblo continúa de esclavo aunque de otros señores, y con coyundas puestas por otras manos Y su mirada escrutadora no se cansa de advertir otros y otros desastres de la nación.

“El Perú nos invade” “Por el Norte, hemos concluido con un tratado nuestra delimitación, sancionando las mutilaciones de antemano ejecutadas” “Los colores del Ecuador parecen que se destiñen dentro del mapa del Continente”.

Esta visión de nuestra historia—sombria a fuerza de verdadera—no le induce al pesimismo, que es vencimiento; su mismo amor patrio le presta fuerzas para la esperanza, y, desde la montaña del fracaso en donde nos ha encadenado la malaventura, grita sus palabras de optimismo y energía:

“El hombre es el único autor de su felicidad”.

Vislumbra un halagüeño porvenir para su Patria; y aconseja virtud, y propugna honradez, y pide tolerancia, y exige el juramento

“ de ser lo que nuestros padres quisieron para sus hijos: ciudadanos virtuosos dentro de una Patria honrada y libre”.

* * *

No cesan aquí sus recriminaciones; va por todos los campos, trajina por todos los caminos, y en todos ellos va

descubriendo las equivocaciones, los vacíos de nuestra política: la economía, quebrantada y en eterno desequilibrio; la vialidad, incipiente y rudimentaria. Para el sufragio anhela la libertad, la universalidad:

“La intervención de los gobernados en el Gobierno es el fundamento del partido republicano; y la forma principal del ejercicio de tal derecho radica en el sufragio”.

Acerca del militarismo, que advino con la República y vive con ella en franco contubernio, expone conceptos acreedores a la meditación:

“La milicia resulta institución paternal de defensa y la más noble encarnación del heroísmo y del amor a la Patria. Pero, invertidas las funciones públicas; que gobierne la fuerza, que elija el soldado y monopolice la clase militar las altas funciones públicas, significa degeneración y anuncia muerte”.

* * *

Para la educación, cuyas ideas las analicé anteriormente, tiene juicios severos. En la centuria republicana que juzga, no hace sino la excepción de Rocafuerte y García Moréno, como propulsores de la educación. Uno de los defectos de ésta, que señala Crespo, es favorecer a la superproducción profesional, que no trae bien ninguno para el individuo ni la colectividad; superproducción que es problema del momento, y que va formando un ejército de burócratas empedernidos, inhábiles para una noble lucha por la vida.

“La enseñanza continúa formando ciudadanos entecos física y moralmente; y la instrucción sigue de una sola cuerda”.

* * *

A nuestros Congresos Nacionales, integrados en su mayoría por ciudadanos sin virtudes y talentos, les señala el verdadero camino que han de seguir para la redención de la Patria.

“La legislatura no es un torneo de rencores y celos de bandería; es la discusión solemne del bien y la verdad en su aplicación al progreso nacional. La legislatu-

ra ha de representar a mayorías y minorías: no ha de ser música de una sola nota y discusión casi solitaria y monólogo enojoso de un solo partido”.

Al comprender la farsa de nuestros gobernantes que todo lo resuelven con el arma engañosa de la palabra, aconseja, con sabiduría que no ha de perder oportunidad ni novedad por mucho tiempo:

“Administrar más que gobernar: es decir, menos discursos y más bienestar; mucha economía y poca retórica”.

El Biógrafo

Innumerables son los caminos que se ha seguido en el dilatado campo de la biografía. Plutarco escoge el de la Historia, y busca la lección de moral que se desprende de los hombres superiores y virtuosos. Boswell sigue el del conocimiento personal. Mason el de las cartas. Ludwig, en CLEOPATRA, toma la senda de la Historia; en MASARYK, la del reportaje; en BEETHOVEN, la de las cartas y memorias. Marañón, en AMIEL, se deja guiar por el DIARIO INTIMO, para el estudio biográfico y psicoanalítico del pensador suizo. La biografía se sirve, pues, de la Historia, la Psicología y de la Psicoanálisis. La actitud que el biógrafo asume frente al biografiado, varía a través del tiempo y el espacio. Ya es la de severa frialdad, como la de Strachy; ya la de adoración, como la de Carlyle; ya la de simpatía, como la de Ludwig. El biógrafo, en ocasiones, le sigue a su modelo por mares y por campos de batalla; en otras, le sorprende en la soledad del yermo o en la penumbra de la celda: y, casi siempre, horada las apariencias para espiar su vida íntima, en donde se le encuentra al hombre con sus sentimientos y pasiones.

A Crespo, la fraternidad con Miguel Moreno, le lleva a trazar la biografía de este poeta. Con cariño de hermano espiritual, esculpe su figura, cuidándose, escrupulosamente, de no apartarse de la verdad.

“De elevada estatura y algo como rendido al peso del talento, la armadura fuerte y casi visible a través de las pocas carnes, denunciaba un espíritu en plena erupción de inteligencia y amor. La tez pálidamente oscura, como restos de incendios de energía, la cabeza adelantada y sobresaliente en las protuberancias lapidarias del talento, y la frente volada en dos arcos sobre los ojos, que asomaban adentro con fulgor metálico de concentración, de piedad, de místicas melancolías y arrobamientos: era la fisonomía de un asceta”.

Menester es haberle conocido al biografiado para admirar la precisión, la exactitud, la seguridad de esta prosopografía. La figura de Moreno, en verdad, tenía no sé qué de monástica, de unciosa; era de aquéllas que se complementan con el hábito talar; de las que se hicieron para ser contempladas cuando, de hinojos, se encuentran en los “delirios” del éxtasis.

“Ser originalísimo, de sentimental hiperestesia, visionario, alegre a veces como un niño que juega, severo y triste casi siempre como un juez de su vida y un piloto de su combatida nave”.

Pocas palabras le han bastado para descubrir el fondo ingenuamente triste de esta alma apesurada por las cotidianas tragedias, y señalar lo complejo y lo cambiante de ella.

La amistosa simpatía con que escribe de Miguel Moreno, no le impide conocer el verdadero carácter de su poesía.

“Poesía inocente, dulce, sin artificio, como los cantares del pueblo, como los himnos del santuario, como las trovas que las madres cantan junto a las cunas”.

José Zahonero le comparó a este poeta con Gabriel y Galán, el cantor de humildes historias de penas; otros le han encontrado semejanzas con Trueba, el bardo sollozante que dejaba correr, en la música sencilla del romance, las lágrimas del pueblo: todos, a mi entender, están de acuerdo . . .

“Pasó años de intensa labor en país extranjero, en el ejercicio de la Medicina” “Su vivienda de proscrito voluntario se cubría de hojas secas venidas en las cartas de su ciudad, de retratos de las personas queridas, de estampas de la Virgen, la de su calle y de su hacienda”.

Con magistral sintetismo, expone la psicología de un hombre y la de una época: época de romanticismos, de devociones, cuyo espíritu ya casi está sepulto en estos tiempos en que las cosas tienen otra alma y otro perfume . . .

“Recorriendo valles y montañas recogió dones para la casa de su Señor, de quien fué jornalero, esclavo y agente viajador” “En las calladas vías de la caridad andaba oculto, y se deslizaba como el aire y la luz por las rendijas, dándose todo entero al amor de los demás”.

Con justeza graba la fisonomía moral del Poeta hermano, del místico, del santo, que deambuló por la vida suspirando por las propias y ajenas pesadumbres; y murió como ese otro santo, Kempis, el de las pupilas sombrías de contemplar la toda vanidad de la existencia.

*
*
*

En tono lírico, con un dejo de nostalgia, recuerda del hermano que duerme el sueño de la tumba; mas, cuando evoca la figura de García Moreno, su voz se vuelve elocuente, toca los límites de lo sublime; sus períodos, al comienzo, centellean, deslumbran, caen como una arrolladora catarata sobre el “hampa y la sarna humana de los parásitos y los mendigos de blusa y casaca”, como les llama a los herederos del Hombre Genial

“¡No ha muerto! vive en el rencor de sus enemigos, en el alma de sus admiradores, sol que ha prolongado su resplandor en largo crepúsculo” “Los roedores que muerden los tallos y la raigambre no alcanzarán a debilitar sus fundamentos, que tienen savia de inmortalidad”.

Así, grandioso, airado, da comienzo a la exaltación que hace del Político, por el que siente, no sólo cariño, sino fervorosa admiración.

“Se destacan, como centros de admiración, sus negros y grandes ojos de acero bruñido y fulgurante: ojos temibles de vengador, de acusador, de exterminador. So-

bre la pálida blancura del semblante, bajo la amplia curva de la frente y de la cabellera negra, en el cerco de zarza oscura de las cejas, centellean las miradas: profundas cuando tranquilas, miradas de investigación, de meditación, en rumbo a lo infinito, escrutando la profundidad de los cráteres y sorprendiendo el misterio de las estrellas a través del lente fascinador; miradas de sangre, miradas de llama blanca por la intensidad en el combate; miradas de contracción, como resistentes a la luz, para castigar el crimen”.

Crespo logra dar una idea clara de las miradas inquisitoriales del Hombre Temible. Descríbelas hasta causar pavor y escalofrío como una página de Hoffmann o de Poe.

“Lleva soberanamente sobre los robustos hombros el peso de su cerebro, gallarda la postura, alto el cuerpo, levantado el pecho para el desafío de la batalla y el arranque de la tribuna” “Arde en él la llama de los videntes; el fuego de los apóstoles y la constancia de los héroes” “Mide el sueño, tasa el pan y el agua” “Habla poco, escribe corto, conversa menos”.

Palabras mágicas son éstas: le levantan del polvo del sepulcro, le insuflan nueva vida, y le colocan al Grande Hombre airoso y arrogante entre los hombres.

“Su juventud tuvo, por la exhuberancia del temperamento, desbordes y desvíos en él agrandados por la censura inclemente de los libertinos” “Pero sus alardes de bohemio jamás llegaron al margen de la vulgaridad y la bajeza”.

Justifícale sus caídas, y ha de seguirle justificando con más calor en la palabra, y faltas aún mayores; pero, al mismo tiempo, le acusa de algunos yerros.

“En la balanza de la crítica, aparecen un tanto severos los cargos y recriminaciones de García Moreno contra el General Urbina, al que no es posible negar cualidades de estadista y de soldado”.

De concejal, de periodista, se convierte García Moreno en guerrero, y, luego de un salto a Guayaquil, sube al Poder de Jefe Supremo.

“Cuando llegó al Poder, la mayor parte de los problemas de la vida nacional, o no se habían planteado; o planteados no se habían resuelto” “El predecesor ecuatoriano de García Moreno fué Rocafuerte. De él pro-

ceden los principios y el método de orden, de severidad, de patriotismo” “De Rocafuerte proceden sus excelencias y también sus demasías”.

Encuéntrale similitudes con Portales, el celoso, el justiciero, el inexorable, el patriota, el caprichoso, el altanero, el violento: palabras de García Moreno que, según Crespo, puede aplicárselas al propio autor.

“A los que corrompe el oro los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo, a los peligros que hoy corre el orden sucederá la calma, y si para conseguirlo es preciso sacrificar mi vida, pronto estoy a inmolarme. Los extermine el brazo de la justicia, envueltos en su propia sangre. De hoy más, el patíbulo del malvado será garantía del hombre de bien”.

Oportuna la cita que Crespo hace de estas sentenciosas frases de García Moreno En ellas vibrando está el espíritu del Tirano en ellas encerrado está todo un programa de revolución y sangre

“Perdió la rectitud y cometió errores que no le perdonará el más benévolo de sus admiradores”.

Si con perfecto conocimiento de la vida nacional, pondera y enaltece la multifásica obra de García Moreno; tiene también para éste juicios sucintos y punzantes como el anteriormente apuntado.

“No pudo mentir jamás” “Jamás negó ni atenuó sus faltas, lloró sobre ellas, para que de su arrepentimiento brotasen, como flor de bendición, la propia enmienda y el ejemplo a los demás”.

En el rostro de mármol, en las pupilas de acero del Dictador, pone ahora el humano rocío del llanto. Humanízalo. Enseña un repliegue desconocido de su alma

Toca al fin la vida del Tirano.

“En las puertas del palacio, una fiera humana pésima, súbitamente, partió la cabeza y el brazo del invicto Presidente con un gran cuchillo de monte”.

Desde el orto hasta el ocaso ha seguido Crespo los pasos del Hombre Genial, del Hombre Temible, del Hombre Tirano, para no perder actitud ni gesto que ayudan a esculpir la fisonomía definitiva y real en el bronce de la inmortalidad

El Crítico

Una cultura dilatada y fundamental, una imaginación vívida, una aguda sensibilidad artística, son las cualidades que le distinguen a Crespo en el difícil arte de la crítica. Como en todos los géneros, se mantiene en éste en un término medio de serenidad y buen gusto. Si no llega a adoptar los cánones de Wilde, de Gourmont, preconizadores de una crítica esencialmente subjetiva, tampoco toma asiento en el otro extremo, de lo meramente objetivo y dogmático de Valbuena o de Hermsilla. Ponderador sutil, sabe, primero, de acuerdo con el pensar de Taine, situarle al criticado en su medio y su tiempo, para una mejor comprensión de la obra artística. Por el fondo biográfico de casi todos sus ensayos críticos, podría compararsele con Sainte-Beuve. Además, educado en la literatura clásica vital y trascendente, tiende a darle una finalidad social y moralizadora a la exégesis literaria.

"Es un deber de la crítica indicar el mal y señalar los remedios".

Tal el principio que expone en su estudio LOS PARNASIANOS EN AMERICA; pero no se crea que este pos-

tulado va a llevarlo a lo unilateral y nimio: Crespo admira las bellezas, los aciertos de la obra artística, al mismo tiempo que advierte con benevolencia uno que otro de sus defectos. Así procede al hablar de TABARE de Zorrilla.

“La sencillez de la fábula, lo sentido y humano de las situaciones, los primores del diseño y el paisaje—todo esto informado por una sublime tristeza—impresionan tan vivamente, que no hay sin duda obra americana, después de la MARIA de Isaacs, que exceda a TABARE en lo lisonjero del éxito”.

No es, bajo ningún concepto, exagerado este juicio. El poema de Zorrilla, si contaminado del espíritu enfermizo de las novelas de Chateaubriand, no puede desconocerse que es uno de los apreciables frutos del romanticismo americano, y digno, por lo tanto, de respeto y admiración.

“Por lo que mira a la interpretación de la naturaleza es por donde esta hermosa leyenda se recomienda más. Gran poeta el que ha sabido dar vida e insólita belleza a las cosas”. . . . “Todo es creado y sentido por el poeta; nada procede de las fuentes de la imitación, se debe sólo a la observación admirable de la naturaleza”.

Eran los tiempos, los de Zorrilla, en que se abría los ojos para la contemplación de la naturaleza. En épocas anteriores al romanticismo, el poeta americano permanece indiferente a los esplendores y maravillas de la tierra que le circunda. Ni los murmurios de las fuentes ni los susurros vagarosos de la fronda tienen palabras para su espíritu. Bello es uno de los primeros que descubre los vitrales del alma para mirar hacia afuera. Zorrilla aguza la mirada, afina el oído para contemplar y escuchar el alma de las cosas.

* * *

Rara es la obra intachable. La mayor parte de las creaciones artísticas han merecido reparos de la crítica. Circunstancias generales o particulares ocasionan el defecto que va en mengua de su valor absoluto. Si poetas más cultos que los nuestros, y en medios de mayor cultura que la de América, presentan laercas y vacíos, con mayor razón los de estas tierras y en los amaneceres de las letras. Así, el autor de TABARE, junto a inauditas be-

llezas, presenta oscuridades que truncan la emoción del poema, lo mismo que ciertas imágenes y comparaciones sin mayor brillantez. Crespo no calla los pecados del poeta:

“Sus nimios detalles, sus amplificaciones llevadas quizás hasta el fastidio, ya la escabrosidad del pensamiento, ya cierto lirismo inoportuno y la vaguedad de la imagen son defectos que no rara vez deslustran la obra. Y esto, cuando se nota una sobriedad sin duda exagerada al tratarse de diseñar situaciones principales. El desenlace mismo del poema está trazado con rapidez que degenera en flojedad; y falta algo que remate la narración como guirnalda de oro: precisamente allí se advierten el prosaísmo, la debilidad de las formas y el poco vuelo del pensamiento”.

* * *

Con análogo criterio procede en la crítica a José Joaquín Olmedo: se extasía ante las bellezas del inmortal CANTO A JUNIN, así como anota algunas fallas del poema. Este juicio de Crespo no desmerece estar junto a los de Bolívar, de Menéndez Pelayo, de Solano, de Juan León Mera.

“La obra concebida y creada desde su primera materia, asoma lozana y tumultuosa, para descomponerse en los periodos rítmicos con sobriedad estatuaría y vibrante animación”.

La aparición del Inca, criticada por Bolívar, ya por la pequeñez del cuadro en donde asoma el Coloso, ya también por el modo con que éste se presenta, admirada es por Crespo.

“Para cantar dignamente en la épica trompa, se ha menester que el tiempo, duplique la sombra de los héroes. Olmedo logró vencer esta ley de la naturaleza y precisamente supliendo la pequeñez de la farsa que dijo Bolívar, puso sobre él la sombra del Inca”.

Sin llegar al detalle, a lo insubstancial, como Mera, en estudio similar, Crespo hace algunos reparos a esta oda.

“Verdad que se nota, sobre todo en el poema de Junín, algo de la ORATORIA RIMADA que dijo Bolívar, uno de los mejores críticos del poema que lo sublimó; quizás pudo determinarse mejor el carácter del Inca, vengador

de la América Prehistórica y profeta de la nueva; aparece sin duda pueril la celebración de los ritos del culto al sol en un país en que habían hecho la conquista y la emancipación guerreros cristianos, los principales de ellos de estirpe castellana. Que el poema adolece de expresiones vulgares, de énfasis declamatorio, de nimiedad en ciertos detalles ¿quién lo niega?"

Como se ve, la crítica de Crespo, es alta, serena, bien intencionada. A ella se llega por la admiración, la simpatía que siente por el genio, el maestro, el amigo. Nunca trata de deprimir; antes de enaltecer el valor artístico, pero de enaltecerlo con probidad y justicia. Sus ensayos de crítica son orientadores y adiestradores para la conveiente actitud en la búsqueda de belleza.

El Esteta

El crítico que gusta de los juicios biografiados—en los que no pasa desapercibido lo étnico, lo geográfico, lo político—a momentos se place en el ensayo a lo Brunetiere, que estudia corrientes y periodos literarios desde sus orígenes, intuyendo al mismo tiempo, su futuro. LOS PARNASIANOS EN AMERICA, LA NACIONALIZACION DE LA LITERATURA, son, entre otros, estudios de esta índole.

Cuando el realismo y el naturalismo espían atentos los sombreros subsuelos de la vida; hunden su cuchilla en la carne enferma que se retuerce en el dolor, en el hambre, en el vicio, una corriente espiritualista se opone a este arte sin velos, de manicomio, de hospital, que envuelve a la humanidad en un halo de melancolía y pesimismo. Crespo, educado en la filosofía escolástica, abraza con pasión el espiritualismo en arte. Con Chateaubriand, encuentra que el Cristianismo es fuerte fecunda de poesía. Su convencimiento de discípulo de Cristo, no se conviene con el arte materialista, movido únicamente por las humanas pasiones.

“El hombre no puede vivir sin la metafísica, no puede vivir sin Dios; y todas sus grandes facultades le llevan al arcano religioso y a lo sublime en las artes”.

El espiritualismo, iniciado con la reacción de los parnasianos, poco a poco ha ido ganando campo en la ciencia y la literatura. El pensamiento místico del Oriente se infiltra en el del Occidente. El psicólogo se anonada ante el océano misterioso de la subconciencia y rumba a lo espiritual, como Adler. Ouspensky, el filósofo embebido en la sabiduría india, toma una posición de franco espiritualismo:

“Una religión completa une en sí misma la religión, el arte, la filosofía y la ciencia; porque religión es RELIGARE; un arte completo los une igualmente, mientras que una ciencia completa o una filosofía completa comprende la religión y el arte”.

No es otro el arte que insinúa Crespo: un arte que no se divorcie del espíritu, que no se quede en la mera acechancia de la materia: un arte que tienda el vuelo hacia la infinita altura y roce con sus alas los misterios de la vida El parnasianismo no sacia la sed de su ideal. Encuéntralo marmóreo, artificioso, insincero: fruto de una ciega imitación que no se cansa de combatirla.

“Poesía que se inspira en el recuerdo, que busca calor en un sepulcro, no puede tener vida porque no es sincera, procede del hastío de una generación enferma y estragada por los abusos del análisis y las inclemencias de la filosofía fatalista”.

Rechaza, pues, esta poesía que la halla sin el calor de emoción que vivifica el arte; y exige la sincera, la espontánea, la propia y la fuerte.

“Búsquese lo adecuado, lo sincero; que eso es lo verdaderamente hermoso” “La energía da vida a las grandes obras, sólo la fuerza produce las obras inmortales”.

Enseñanzas son éstas que hacen pensar en LAS SIETE LAMPARAS de Ruskin. El esteta inglés pide, asimismo, la VERDAD, la VIDA, la FUERZA para la perdurabilidad de la creación artística.

La sinceridad, la fuerza halla en la poesía nacional, antigua aspiración de casi todos los países de Indoamérica, que lentamente va convirtiéndose en vistosa realidad, gracias al esfuerzo continuo y tesonero de novelistas y

poetas que han emprendido la tarea de descubrir y enaltecer lo propio.

“No pensemos con ajena cabeza, no sintamos el dolor de los libros sino en nuestra vida. No se avergüence nadie de trasladar al lienzo el paisaje interior, siempre que sea hermoso” “Con filosofías y discursos no se hacen las obras que sólo la naturaleza engendra. El procedimiento para hacer poesía nacional, criolla, nacida en nosotros, criada en nosotros, sentida, vivida, consiste en pensar por propia cuenta, meditar, ver y oír, aspirar el ambiente diario de las flores de nuestros jardines, hacer entera posesión de nosotros mismos, para reproducirnos en la obra artística, padres de nuestros hijos del espíritu, sin traidora suplantación”.

Su ambición es la poesía esencialmente autóctona; aquella que retrate nuestra alma, nuestra vida; la grandeza de nuestros ríos y lagos; la solemnidad de nuestras selvas y montañas. Reconoce, de este modo, el valor de lo circundante como fuente de vivencias artísticas.

“Tanta grandeza convida a la potencia creadora y el viril esfuerzo del genio”.

Amplio es el concepto que tiene del mundo de la poesía. Múltiples los sentimientos que admite como motivos para el canto. La misma poesía social, que muchos la toman como invención de estos momentos, ocupa sitio en su estética.

“Al estudio de vuestra alma, juntad el del movimiento social que os empuja” “Auscultad la arteria cordial y el ritmo de la respiración del pueblo: sorprendedlo en lo diario y en lo usual, en el ímpetu de la pasión, en el duelo y en la boda, por caminos y talleres, junto a las cunas y sobre el surco, recogiendo los variados matices de su pensar y su sentir, las palpitaciones todas de su corazón: la nota musical, el grito lírico de la canción, la conseja, la maliciosa filosofía, la simplicidad infantil y la sabia socarronería”.

No desdén la cuerda ninguna de la lira, no considera como vedado campo ninguno del arte; insinúa que por todos se trajine, para llegar, de este modo, a la obra compleja e integral. Mas, no todos están capacitados para una obra multifásica. La individualidad íntegra y armoniosa, es rara. Lo común, la unilateralidad que, a veces, es mo-

notonía. El mismo temperamento—distinto en cada hombre—induce a determinada tonalidad. Querer burlar esta fuerza imperativa, es, acaso, adoptar una postura antinatural e incidir en lo artificioso. Lo justo, lo acertado es que cada uno desgrane su canto de acuerdo con su capacidad y su vocación, sin descuidar la cultura estética, que despeja caminos y amplía horizontes.

EL POETA

EL POETA

Lo Humilde

Lo humilde es lo primero que hiere las fibras emocionales del Poeta.

Este amor por la parva belleza nace, quizás, de la misma educación que se acostumbraba dar entre nosotros. La madre le retiene al hijo junto a ella casi a todas las horas del día. No permite que el niño se aleje de sus cuidados. Su maternal amor le hace ver peligros en todas partes: peligros para el alma y para el cuerpo. El niño, crecido entre mimos hogareños, con un mundo minúsculo en su torno, acaba por encariñarse hasta la pasión, por integrarse hasta lo íntimo con los seres y cosas que le rodean. A fuerza de verlos, de contemplarlos cuotidianamente, se adiestra, guiado por una ansia de lo nuevo, en penetrar en el alma invisible, recóndita, misteriosa de ellos. Así va formándose el contemplativo, el meditativo, que se deja aprisionar por las voces silenciosas de lo aparentemente inánime.

Crespo, en su atracción por lo humilde, siente cariño por los gatos, no como Baudelaire, que los busca por abracadabrantes, sí por ser los animales caseros, familia-

res, que se acurruca en la falda de la madre o la hermana; y por ser la figura que se asocia estrechamente a sus primeros recuerdos. Ama, también, a la planta de tiesto porque ella forma parte de la decoración de los más antiguos cuadros de su vida. Así como con éstas, su emoción se liga subconscientemente con otras de primer término familiar: LA CONVALECIENTE, LA LAVANDERA, etc., etc. Todo esto constituye su mundo primigenio de la infancia, la dulce prisión de sus primeros años: mundo que se lo cree perdido en la vorágine de la juventud, pero que emerge en un momento emocional, envuelto en la neblina de la nostalgia, y al cual, desde la tardecina cumbre de la existencia, se lo contempla palpitante de realidad.

Su niñez, su adolescencia vive en la heredad de sus padres. Allí, en el agreste recogimiento, aprende a llegarse a las ilimites interioridades de la propia alma: inagotable filón de insólitos sentimientos y emociones. El paisaje de su campo—la colina hirsuta, la desolada llanura, la destartada iglesia, la humilde cabaña—llega, acaso, a saturarle. El espíritu, cansado, ansía nuevos mirajes, y, al no encontrarlos, se abre paso en el alma del paisaje. Descúbrese, entonces, lo que nadie descubre en la naturaleza: la piedra del camino tiene un alma, y otra alma la piedra del camposanto; el árbol del huerto tiene una voz, y otra voz tiene el árbol de la montaña. Para este auscultamiento menester es desgarrar el velo de las apariencias, y hundirse en el fondo de verdad y realidad del mundo: ser ocultista, como dice Ouspensky.

En MI POEMA, "el más querido por más sincero", según afirma el mismo autor, asoma el mundo en donde discurre la primera y adorable etapa de su vida.

En medio el pradecillo de claveles,
cual nido que se esconde en los verjeles,
surge en el bosque la heredad modesta,
do el humo del tejado lento asciende,
donde la lumbre que la esposa enciende,
es del esposo fiel la única fiesta.

El filial amor, las aldeanas fiestas, los primeros e inolvidables sueños, motivos son de este poema. Cosas, algunas, pequeñas, humildes; pero henchidas de humana poesía, que no es para ser sentida por todos ... Los es-

píritus vagamundos, que llevan en la retina una como vertiginosa sucesión de horizontes, con ningún panorama se familiarizan, en ninguno de ellos encuentran lo atractivo del alma: todo se les presenta muerto, con una objetiva y superficial belleza. Mas, para los que están hechos a mirarlos largos días, largas horas, con ojos escrutadores y amorosos, lo humilde del paisaje asoma bañado de lumbre de poesía.

Una cabaña que, a los ojos del viajero hechos a devorar paisajes, nada encierra, nada dice, para el Poeta es un poema silencioso que deja dulcedumbres de paz y dulcedumbres de amor en el alma. Las melodías de la rústica caña, para él, que ha escuchado su lloro desde la infancia, es la cuita escondida del agreste dolor. El rebaño, el molino, el cortijo, todo aquello que es su vida misma, lleva, trémulo de añoranza y saudade, a la música del poema.

Como Fray Luis, anhela lo escondido de la rústica senda.

Las soledades quiero:
aguas, aires y sol, todo sin tasa,
y la simplicidad, en el sincero
amor santo de Dios y de la casa.

Su sensibilidad de artista, su refinamiento de hombre culto, le hacen renegar del bullicio de la ciudad, del prosaísmo de la urbe, en donde todo es vulgaridad, mentira y artificio

El sentimiento de la naturaleza

El Poeta ama lo ensoñante del silencio, lo soledoso del recogimiento: tesoros de sabiduría y perfección. En su hacienda se aleja con frecuencia a distantes sitios, y allí, el espíritu de hinojos, se sume, horas y horas, en la contemplación de la naturaleza. La visión de los ríos, de las cascadas, de los ocasos, le atraen a su espíritu, que tiene el ímpetu de las corrientes y la solemnidad de los crepúsculos. La naturaleza, al comienzo, en MI POEMA, se le presenta al Poeta alegre, risueña, amanecida:

“¡Oh, valles de la patria! ¡oh azulada
linde que cercas la feliz morada
donde habita la paz! Aquí los huertos
están siempre, y los setos, florecidos”.

Después, su vida pierde los arreboles de la aurora, y el paisaje—que es un estado de alma, como dijo Amiel—se opaca, se entenebrece en algunos capítulos de LEYENDA DE HERNAN:

“Y amarillez de muerte! Amarillo era todo: el campo, las zarzas, el plantío, amarilla la yerba sementera, turbias las aguas últimas del río”

Es el cuadro de las sequías, cuando la tierra desnuda se resquebraja de sed, y los árboles y plantas se agobian y se mustian bajo la inclemencia de los cielos de bronce.

A veces su visión de la naturaleza es detallista.

“A la sombra del sauce
duerme el agua en el cauce,
donde murmura queda”

Otras, es panorámica, como en PAISAJE, en donde el Poeta describe la visión de la cumbre:

“En torno, en flor la rústica espesura;
atrás, los altos picos de granito;
encima de los cielos, la llanura,
y el mar al pie, la playa, lo infinito

“El océano gigante
en púrpura del sol ensangrentado,
se junta en el ocaso centelleante
con el cielo de nubes argentado”.

En esta visión de la naturaleza ha de verse, ante todo, al espíritu sensible a la forma, al color, a la música, al movimiento del mundo; de otra suerte, incapaz hubiera sido de trazar cuadros de tan magna belleza, como el de la sequía y el del hambre. En el contemplador de paisajes no ha de verse al espíritu insensible, que no hace sino retratar, pasivamente, la naturaleza en el poema: ha de admirarse al lírico que refleja su alma en el alma del paisaje.

“Sólo vemos en su inmensa plenitud la naturaleza que nos rodea, cuando somos capaces de percibirla, mirándola, allá en lo hondo del yo, como reflejada en el agua profunda y tranquila de un pozo.” (Marañón. AMIEL).

Este es el fenómeno que se opera en los poetas contemplativos del paisaje.

En otra ocasión, ya hice notar que no todos los poetas son aptos para captar las vivencias de la naturaleza. Muchos hay que viven vendados ante ella. En Crespo, si no se encuentra este sentimiento profundo de la naturaleza,

como en FAUSTO de Goethe, se admira, sin embargo, su amor al paisaje, que lo enfoca en sus diferentes tonalidades: es la mañana, la tarde, la noche, la sierra y el trópico, la vega y el pajonal, el monte y el mar que viven en sus poemas. Además, no es sólo lo grandioso lo que despierta su emoción; lo parvo, lo apenas perceptible de la naturaleza, estremecen también sus nervios.

“Y el agua, esa codicia, ese tesoro,
lloraba en el peñón, cuajaba el barro

Y el húmedo, aromado vientecillo
que surgía del fondo de la vega,
oliente a rosa, albahaca y a tomillo,
era como un licor que a el alma llega”.

Crespo, frente a la naturaleza, no es el dionisiaco que canta y danza coronado de mirtos; su actitud es religiosa, del que mira el espíritu de Dios en todo lo creado.

El sentimiento del amor

Ser armónico como pocos. Supo mantener, a través de toda su existencia, la integración de los sentimientos de amor, lo que constituye, según el pensar de Keyserling, lo primordial de la existencia. Su vida emocional, en este aspecto, sigue una línea recta de normalidad y marcada diferenciación. Lo patológico no empaña su alma. Lo paradójal, que hizo exclamar a Catulo: "Odio y amo a la vez", tampoco entra en el dominio de sus sentimientos. Su amor tiene la gracia y la ingenuidad del candor. En ocasiones lo vela de pesimismo, fruto, acaso, de su misma estación juvenil de sueños.

"¡Vélez carrera del amor humano!
Cual fatua llama, como fuego vano,
luce en el alma y desaparece: el fuego
se apaga en las cenizas; la inocencia
huye, y vienen el llanto, la dolencia,
la muerte, de las tumbas el sosiego".

En otras, se presenta con placidez de mañana, confiado, cantarino: amor que no presiente el dolor del ol-

vido; amor que no adivina la tragedia del hastío, la tris-
teza de la carne, que dijo Mallarmé.

Así con el rebaño y con la niña,
acariciados por la luz y el viento,
hallamos en la paz de la campiña,
la castidad feliz del sentimiento

*
* *

Su madre es la primera que polariza sus sentimien-
tos de acendrado amor. Su augusta sombra le acompaña
a través de lo hondo del recuerdo. En MI POEMA la
presenta enseñándole a sentir lo extrahumano, lo místico,
lo religioso. En LEYENDA DE HERNAN la evoca con
dulzuras que revelan todo su infinito amor.

“Y no la veré más. Perdí su encanto
y el único cariño
que no miente jamás, y es puro y santo
como el candor de un niño”.

Luego, siente la inquietud de la pasión. Sus ojos
buscan los ojos de una mujer . . . el corazón le palpita
por el corazón de la amada . . . en el labio le pugna la
confesión de amor que florece en el poema.

Esta pasión es el alma de MI POEMA, el “sincero”,
como él mismo lo llama. Amor romántico de adolescen-
cia, sin nubes de malicia ni fondos de pecado. Amor de
niños que se buscan para la conjunción de las almas. Re-
cuérdame el amor de Efraín y María, de sabor tan típi-
camente de América y su tiempo. Entre nosotros, por cir-
cunstancias múltiples, en Crespo, sobre todo, por la direc-
ción que imprime el hogar en sus sentimientos, no po-
día tener otra tonalidad su pasión amorosa. Sincero apa-
rece en el canto erótico. Fiel, en el recuerdo de sus pri-
meras emociones.

“Al mirar a Isabel bajé los ojos,
y se encendieron los claveles rojos
en las mejillas de Isabel. ¡Dios mío!
Era la nube . . . la primer tormenta;
sentí en mi frente el rayo que revienta
y debajo mis plantas . . . el vacío”.

Isabel se llama en MI POEMA la primera novia
del Poeta. En LEYENDA DE HERNAN toma el nombre

de Juana. No sé si me equivoque en estas suposiciones . . .
Una y otra son amadas en la heredad . . . Una y otra
son el primer ensueño del Poeta . . . Y él mismo ha dicho:

“La obra lírica, sobre todo, es eminentemente auto-
biográfica”.

Su sentimiento de amor no cae en la exageración de
los primeros románticos, como Plácido, que cantaba:

“Quiero abrazar una mujer de llamas,
quiero besar una mujer de fuego”.

Tampoco canta el amor sensual, como Rubén Darío:

“Carne, celeste carne de la mujer. Arcilla,
dijo Hugo—ambrosía más bien ¡oh maravilla!
La vida se soporta,
tan doliente y tan corta,
solamente por eso:
roce, mordisco o beso,
en ese pan divino
para el cual nuestra sangre es nuestro vino!

Espíritu religioso, enamorado del recuerdo, canta el
amor ya ido: el amor que funde marchitez y nostalgia.
Psicológicamente tiene esto su razón de ser: la honda rai-
gambre del amor perdido, del amor no gozado, que se
fortalece aún más en los espíritus sensibles e introspec-
tivos. Es por esto que sus canciones eróticas están casi
siempre envueltas en una música suspirante:

“Cuando amé a la niña que me amaba niño,
a su amor nacieron aquellos cantares:
lumbre mañanera, rosas de cariño,
perfumes de trébol, romero, azahares.
Cuando ella dejome solo en el sendero,
infantiles trovas, rimas de frescura
trócáronse en ese terrible—¡me muero!
y al fin en la piedra de una sepultura

Las inquietudes de su corazón se remansan para ha-
cerse cariño limpio de cristal que copia las pupilas de
la amada, de la esposa, con quien se parte santamente la
dicha y el dolor; con quien ha de caminar tranquilo has-
ta el ocaso melancólico de la vida.

“Seré feliz si al lado tuyo sigo,
y venturoso moriré contigo”.

Así, como canta Horacio, pudo cantar el Poeta a su Amada, él que, como pocos, sabe encontrar el encanto de las hogareñas dulzuras.

“Conceda el Cielo a nuestras largas horas
ternura y paz bajo el nativo techo,
y en sucesión de noches y de auroras,
la grata mesa, el descansado lecho!”

“Y de los años en la dulce prosa
siempre vulgar y siempre repetida,
en el amor de madre, hijos y esposa
rindáis al fin la carga de la vida”.

El sentimiento de patriotismo

Conforme la conciencia se baña de luz, se dilatan también los círculos de los sentimientos. El hombre primitivo, de estrecha y penumbrosa conciencia, se encierra en la tribu para las expansiones de su vida: fuera de ella todo es odio, guerra, matanza. El niño, en quien se repite la infancia de la humanidad, carece asimismo, de todo sentimiento de amor que no sea familiar. Sólo al salir de la concha de la infancia ha de sentirse ligado a la ciudad, luego a la Patria, y, por último, si no se trunca su evolución sentimental, ha de adquirir la conciencia cósmica y hermanarse con la humanidad toda. El patriotismo significa, pues, amplitud y claridad de conciencia; mas, dentro de un concepto más razonado, el patriotismo conserva mucho de egoísmo Patriotismo es el amor entrañable al nativo suelo, altar de sacrificios de nuestros héroes; es el amor a la tierra, urna funeraria que guarda las sagradas cenizas de los que nos precedieron en la vida; es el amor al rincón, teatro de los sueños primeros y los primeros amores: es la pasión, en suma, por aquello que guarda las íntimas huellas de la existencia y que a ella está acoplado en indestructible forma.

El sentimiento de patriotismo tiene diferentes módulos de expresión: el soldado es patriota a la hora enardecida del combate; las multitudes atizan la llama del patriotismo al toque de cornetas y timbales; el hombre culto es patriota a toda hora, al laborar por el bien y grandeza de la Patria.

Si se estudia la literatura patriótica a través del tiempo, se ve que élla va decayendo lentamente. La greco-latina, en lo épico, en lo lírico, en lo teatral, es rica en motivos de patriotismo guerrero. Homero, Esquilo, Virgilio, Horacio han inmortalizado sus nombres en páginas rebosantes de este fervor. La India posee, también, su literatura patriótica. Francia, España ostentan sus cantos de gesta. El siglo XX es pobre de epopeyas y de odas heroicas. Los tiempos han cambiado. Los héroes no retornan. Las batallas han tomado otro cariz. La hecatombe mundial del año catorce no inspiró el canto heroico, antes la novela naturalista de Barbusse, de Remarque, de Andreieuv, que es una mueca irónica para la barbarie de la guerra.

La conquista, la independencia de América dejan algunos poemas épicos en nuestra literatura. Entre nosotros, es Olmedo el cantor de las hazañas de Bolívar. Luis Cordero, luego de Olegario Andrade, en APLAUSOS Y QUEJAS, llega al ditirambo patriótico, de entonación pindárica. Después, Bolívar, Sucre, Calderón han arrancado algunos sonos de la lira de nuestros poetas.

Crespo no deja sin tañer esta cuerda. Entona el canto de rebeldía contra el Tirano que aherroja y esclaviza a la Patria; la canción animosa a la enseña nacional; ya el poema exaltador de Bolívar; ya la oda pujante que rememora la conquista.

“Abre el acero surcos en la sangrienta masa,
y el corcel relinchando sobre los muertos pasa;
ensangrentadas lanzas sustentan la bandera,
el sol en vano en lo alto del firmamento impera:
cual lámpara mortuoria sobre sus hijos brilla,
y en mustia lumbre baña la Cruz, la de Castilla”.

El sentimiento de dolor

Por más que los hombres se empeñan en aplacar el dolor de la vida, éste sigue lacerando el espíritu y la carne, y cada vez con más sadismo. No es posible concebir la existencia libre de dolor. Ella, en la mayor parte de sus horas, es sufrimiento. En la infancia misma comienzan los rasguños de la pena por los parvos sueños no colmados. Viene la adolescencia, la juventud—la estación propicia para la eclosión de los ensueños de amor y gloria—y con ella vienen igualmente la desilusión, la desesperanza de saber que es sólo un espejismo el jardín de pámpanos y laureles en que soñó en vano la pobre alma enloquecida En la plenitud, si no se exhala la queja, si no se vierte la lágrima, se vive como envuelto en un halo melancólico de recuerdo El ocaso es la ventana abierta al espanto del más allá

La literatura siempre se ha mantenido rociada de llanto: en la hebrea hay lágrimas de Job y lágrimas de Jeremías; Andrómaca, en el poema de Homero, llora su viudez y llora la orfandad de su hijo; desde su destierro, Ovidio deja oír sus cuitas. La queja a veces, se vuelve

blasfemia, grito de amargura que punza como en Leopardi; en otras, es un continuo sollozar, como en Musset. Y la humanidad,—¡rara paradoja!—busca esta literatura de querrela para sus goces espirituales. Los poetas que esconden sus llagas bajo el manto, no sacian su sed de lágrimas: los encuentran insinceros y poco humanos.

Crespo va desde la mañana hasta la noche del dolor, cuando éste se torna sombrío y desolado; mas, por razones de su estética cristiana, por la misma elación de su vida, no desciende a los excesos, a los paroxismos de la desesperación, que las grandes caídas dejan en los espíritus que se van titubeantes, sin la consoladora estrella de la fe. Así, Leopardi, Heine, Byron, no tienen eco en su alma. Atórméntale tan sólo, en sus primeros años, el recuerdo, la nostalgia de su infancia perdida, de su primer amor sepulto en el olvido.

“Bien quisiera tornasen a la vida
la juventud florida,
la piadosa cítara de amores,
la visión de ideales hermosuras;
mas aquellas venturas
fueron flores y han muerto como flores”.

La heredad, en donde vive, en sus primeros años, horas de ensueño e indecibles encantos, le arranca, cuando perdida, acerbas lágrimas de pena.

“Llego temblando, la última tarde
de mi agonía—de la agonía de mi heredad.
Ella moría para mí . . . Llego, bajo cobarde
de mi caballo que también tiembla por mi ansiedad.

¡Cómo se enluta la tarde! A prisa la noche llega.
Todo me dice con silenciosa melancolía
que para siempre no será mía la tierra mía;
y entre sollozos, llanto de angustia mis ojos ciega.

Lánzome arriba, subo la escala,
repasar quiero, mirar ansio
todas mis cosas: la estancia, el nido. Cruzo la sala,
llego a la alcoba do está mi lecho, que ya no es mío.

Siento tan grandes mis ansiedades,
me hundo en el fondo de mis memorias. ¡La tierra mía!
¡el padre mío, la madre mía! . . . ¡Qué intimidades!
¡Casa de amores, casa de ensueños, de poesía!

El gallo canta. Dice su canto que es el momento
de la partida, y el viento pasa como un lamento,
y el agua pasa por los guijarros como un gemido.

Adiós! Saltando sobre el caballo, suelto la brida,
corro al galope, casi sin tino.
Me estrujo el pecho, sangra la herida . . .
Y me despido de mi camino, ¡no es mi camino!
Y ¡adiós mi dulce tierra perdida!”

Profundo, sincero es el realismo de este cuadro, LA HEREDAD PERDIDA. Rincones hay en la tierra que se adhieren con fuerza de pasión al alma. Todo en ellos es perfume de recuerdo . . . recuerdo que nos habla cariñoso . . . recuerdo que nos detiene suplicante . . . ¡En ellos está mucho de la vida que se fué y no ha de volver ya más . . . !

Su espíritu, disciplinado en el dolor, ha adquirido un nuevo poder, un nuevo sentido para descubrir el dolor de los seres extraños: para bañar con sus propias lágrimas el alma de los demás. En ULTIMO AMOR, penetra en la celda del condenado a muerte a contemplar los instantes supremos del presidiario, que no tiene más compañía que la de una araña. En LA MUERTE DEL CIERVO, como Virgilio, como Rudyard Kipling, como Francis James, se adentra en el alma del cervatillo, interpreta sus sentimientos: lo humaniza.

“¡Cada vez más huraño y ya sombrío
asomado al ribazo, en la espesura,
se paraba a mirar, tenaz y triste,
a alguien que le llamaba, que en el bosque
le mostraba la faz tras los alisos”.

Así pinta al cervatillo que, traído de la selva, atado al hogar con los lazos del cariño de los adolescentes, ansía retornar a su querencia, atraído por el amor. Fúgase un día a la montaña. Otro día sus amos salen de caza a la espesura del bosque, y, sin reconocerlo, lo hieren. Acércanse a la presa y se sorprenden al mirar que la víctima es el propio cervato.

“Nos mira, nos conoce, nos acusan
 sus ojos sin fulgor, que no rechazan
 darnos de su mirada de agonía
 el último destello. ¡Nos perdona!
 Lame mi mano, y en mi mano queda
 la humedad de su aliento”.

Los océanos interiores de artistas, de poetas, de guerreros le atraen también en su adivinación del dolor. El Dante, Tasso, Rafael, Miguel Angel, Mozart, Bolívar, retornan a la vida por obra y gracia de su imaginación, y del conocimiento que tiene de sus almas: retorhan para confesar sus sueños y dolores, y lanzar la queja ante las humanas vanidades. Fieles aparecen los INMORTALES, los GENIOS a través de su mirada. Su grandeza es la misma. La misma su filosofía. El alma del Poeta ha sabido penetrar en la de ellos y hermanarse hasta lo más profundo de la comprensión.

*
 **

La vida es un continuo dolor. Un perenne morir y renacer. Muere el árbol para el auge del retoño. Un día la madre del Poeta toma la barca de la Muerte y se aleja a lo eterno. ¡Dolor inenarrable, dolor sin nombre, dolor incomparable el de la orfandad! El Poeta, acaso enloquecido, quizás sin orientarse en el proceloso mar del infortunio, se siente acribillado de angustias, chorreante en lágrimas, triste, con esa amarga tristeza que acompaña hasta la muerte; y llora con el lloro más profundo, más sincero, más humano en el supremo són de una elegía, ACUERDATE DE MI.

Desde la tarde aquella de insólita amargura,
 cuando ansié detenerte, no pude y te perdí,
 buscándote los ojos se van hacia la altura,
 y exclamo con gemidos: ¡acuérdate de mí!

En estos días turbios de madurez sombría
 cuando ya del invierno las ráfagas sentí,
 te clamo con sollozos, te pido noche y día,
 ¡amor de mis amores, acuérdate de mí!

¡Qué soledad la mía, cuando mi ardor declina,
 sin tí que eras mi dueño, sin tí que eras mi sol.
 Mi sombra sólo sigue mi paso que se inclina
 al ocaso que enciende su pálido arrebol.

¡Ay cómo va a tu seno llorando mi plegaria!
 ¡Ay cómo va a tu seno gimiendo mi canción!
 Con destrozadas alas, paloma solitaria,
 el postrimer aliento te pide mi oración.

De la vida en la tarde, la moribunda tarde,
 ¡qué soledad, bien mío, qué soledad sin tí!
 Pues desfallezco, al tiempo de triunfar, cobarde;
 en estas horas trágicas, ¡acuérdate de mí!

Su dolor, más tarde, se vuelve filosófico, al comprender la fugacidad y el dolor de la vida.

Llegar a ser ¿y cuándo?
 Esta existencia trunca,
 andando, andando, andando.
 Llegará? ¡Nunca! ¡nunca!

La barca de la vida
 en el humano mar
 la playa apetecida
 encuentra, a descansar?

Llegar a ser y a dónde?
 en qué tierra, en qué playa?
 Todo al mortal se esconde
 y, a dónde irá, que vaya?

—Cómo llegará a ser
 la pobre vida humana?—
 interroga el saber
 y le dice: ¡mañana!

El eterno viaje
 y el cansancio mortal:
 ¡engañoso miraje
 de imposible ideal!

Ideal que se toca,
 y huye. Quedan después
 sed en la ardiente boca
 y la huída en los pies....

¡Señor, tú sólo sabes
 como se llega al fin,
 como llegan las naves
 al último cenffn!

¡Señor, llegar a ser
es llegar a tu amor:
morir y renacer
en tí, por tí, Señor!

Su dolor gana en introspección en ELEGÍAS DE LA LIRA, cuando canta la tortura del alma que sueña con el canto imposible que no se acierta a modular; cuando canta las trovas perdidas, lejanas, que no volverán a sonar en el corazón.

Numen de mis amores, espíritu divino,
hoy, en mis soledades, te llamo; dónde estás?
Responde, en el silencio que habita los escombros,
el viento en la hendidura del roto corazón.
El árbol verde otrora, ya es cruz sobre mis hombros;
mi boca da suspiros, no ritmos de canción

En el ocaso de la vida, la suerte le depara nuevos dolores: uno, dos, tres, cuatro hijos, como en una catástrofe de tragedia, ruedan inesperadamente a los abismos de la muerte. El Poeta, ante estos hachazos de la Intrusa, se exila en la soledad y sella sus labios con silencio. Así, mudó y solitario, se esconde largos días en el retiro de su hogar. Sólo a veces, cuando su dolor se junta y crece con el dolor de los suyos que añoran a los idos, una lágrima, otra lágrima le ruedan por las mejillas . . . mas, su silencio se le sigue haciendo vino de amargura

El Poeta ha llegado al ocaso. Tiene la tristeza solemne de una montaña. Desde su cumbre vuelve los ojos al pasado, mira la fugacidad de la vida, la vanidad de los sueños, y, en la soledad de su tarde, presintiendo el último viaje, da su adiós a la lira.

“Y el súbito parar de la jornada
la emoción siento, la ansiedad, el frío;
y, como si volviese hacia la nada,
el terror de que ha muerto el canto mío.

¡Adiós, lira de amor! La dicha es ida.
Adiós, divinas, palpitantes cuerdas!
Para siempre será la despedida?
Será posible que tu ritmo pierdas,
alma del alma, vida de la vida?

Ya mi estrella a su término se inclina
entre los velos de arrebol fugaces.
Presto la triste antorcha vespertina,

al descender tras mi natal colina,
apagará sus moribundos haces.

¡Adiós! al son de liras juveniles,
brotar de la aridez luego se vea
agua en las rocas, grama en los cantiles.
¡Sean las almas y el amor gentiles,
y de la patria la grandeza sea!

¡Y sean mi fortuna y mi ventura
que, sobre el polvo de mi muerta historia,
y en mi arpa muerta y mi canción oscura,
de vuestro canto surja la hermosura,
y de mi olvido, el sol de vuestra gloria!”

El sentimiento de religión

Su espíritu lacerado y doliente, en pos del lino de consolación para la herida, alza suplicantes los ojos al Cielo, eleva la unciosa plegaria, y, desasido de la humana miseria, encuentra en la oración suave refrigerio.

El sentimiento religioso de Crespo no es sólo lo espontáneo, lo subconsciente que, a través de generaciones y generaciones, que diría Yung, nos llega desde lo remoto de los tiempos: en él es lo acendrado, lo ya consciente e intelectual: la elevación del espíritu en busca de lo extraterreno.

El hombre primitivo, pálido ante las sublimes manifestaciones de la naturaleza, se postra ante los astros, ante los árboles a implorar protección para su vida; el hombre culto, por la ventana misma de la ciencia, espía el insondable misterio del más allá, escruta la realidad envuelta en el velo de Maya, y encuentra en lo divino la senda florecida de paz para las inquietudes que pone en el espíritu la esfinge de lo metafísico . . .

Variados son los tonos con que el sentimiento religioso de Crespo se vierte en la música de la lírica plegaria. En MI POEMA es la ingenua, la sencilla voz que

brotó del corazón dolido de amor, agitado por la tormenta de la pasión.

¡Oh Santa Madre del linaje humano,
benigna escucha, besaré tu mano,
tu bondadosa mano! Torne luego,
no el amor de la muerta primavera,
de su santa piedad algo siguiera,
algo siquiera de su dulce fuego.

A medida que su espíritu, ávido de verdad, se sumerge en los esoterismos incomprensibles de la vida, gana en hondura su concepto de lo metafísico. Dios, la eternidad, en su misma infinitud, son ideas concretas, que polarizan sus anhelos de eterno bien e inmortalidad.

Tan sólo en la infinita
quietud de otras esferas, soberana,
donde se juntan en perenne cita,
la alta razón y la flaqueza humana;

los naufragos, al fin, en la tormenta
de la vida, encontramos la tranquila
mansión, do el alma, de la luz sedienta,*
cobra otra vez la luz de su pupila.

La poesía religiosa de Crespo tiene la sencilla ingenuidad de Fray Luis, y, a veces, la elevación filosófica de Lamartine. Y no sólo en la poesía aparece religioso, como Verlaine, el poeta aprisionado en los tentadores lazos del amor y el vino, en cuyos labios sensuales y pecadores, brotaba de repente la mística salmodia del arrepentido; Crespo lo es en toda su vida, la que no se desprende de las pupilas mansas y tristes de Jesús, que le han enseñado lo poemático del amor y la paz, de la mansedumbre y la dulzura.

El Maestro

Al estudiar una vida, con atención y esmero, se llega a justipreciar las virtudes escondidas de ella, y más aún cuando es la de un hombre que ha vivido en continua superación, movido por un fuerte anhelo de lo mejor. En la vida de Crespo se hallan rasgos que son paradigmas de elevación espiritual. Admirase en ella esa integralidad armoniosa, ese justo maridaje entre el hombre de acción y el hombre de ensueño: los ojos que vigilan el sembrío, se alzan también a contemplar las estrellas; la mano diligente que cuida el hortal, empuña asimismo la armónica caña. Y, así, sin descuidar la hacienda, sin dejar de rodearse de las comodidades que reclama la vida culta, ha escrito volúmenes y volúmenes en prosa y en verso, muchos de los cuales aún duermen la ineditéz en sus gavetas.

Y esta armoniosa integralidad no se crea que es un don común a todos ni a muchos. Lo corriente es la unilateralidad del poeta que sólo es poeta; que vive en perpetuo olor de poesía, alejado de la realidad que le lastima su espíritu hiperestesiado y huidizo; o la monotonía del burgués que pasa los días engolfado en sus negocios,

sin sentir ni ansiar la presencia taumatúrgica de la belleza. Aquél, de la caravana de Ariel; éste, de la tropa de Calibán. Cada uno pertenece a una casta distinta, con su idioma, sus sueños, sus ideales también distintos.

Admirable es igualmente la inquietud de su espíritu, que, desde la adolescencia, le lleva a la búsqueda de la verdad en largas y meditadas lecturas; espíritu que no se agosta, y se mantiene atento a las ondas que le llegan del pasado y el presente, de éstas y las otras latitudes.

¡Y qué sugestiva su integralidad moral y cívica, que le facilita para la apostura de guerrero, lanzando las bombas fulminantes de su oratoria allí donde asoman la injusticia, el delito, el crimen. Cuando los gobiernos le han pedido su colaboración, sus consejos para desenredar los pleitos con las naciones limítrofes, nunca se ha negado: presuroso ha acudido a dar la luz que podía salvarla a la desventurada Patria.

La juventud ha escuchado de sus líbicos pláticas luminosas, animadoras: siembras generosas de cultura que hacen sólo aquellos espíritus nobles que se preocupan del futuro.

“Cada año, cada día, cada hora no sean un paso perdido en el éxodo del tiempo. La vida es una obra: hay que prepararla, componerla con tesón, enmendarla con escrupulo, restaurarla si ha decaído”.

Estas palabras recuerdan a Rodó, el de los MOTIVOS DE PROTEO, cuando enseña la lucha contra el desánimo, y la constancia en el trabajo, y la fe en el triunfo.

Acreedora al elogio es su fase de devoto y guardián de la paz—generoso surco para la florecencia y la fructificación de toda clase de progresos. Más de una vez ha arrancado el arma de la mano apasionada del revolucionario que a él ha acudido en demanda de dirección. Aseméjase, en esto, a González Suárez, cuyo altísimo concepto de Patria, le convirtió en enemigo de las revueltas que, fraguadas a diario, solicitaban en vano su venia y su bendición. Este amor a la paz prueba inequívoca es del espíritu humanitario y justiciero de Crespo, así como de su clara visión de la barbarie y miseria de la guerra—torbellino en donde naufragan las conquistas del hombre, hechas en largos tiempos de paciencia y sacrificio.

No llego a la hipérbole—ajena a mi temperamento—al encontrar paradigmas de raras virtudes en la indivi-

dualidad de Crespo. La crítica sesuda e imparcial coincide con mi pensar. Gonzalo Zaldumbide, el de la prosa arquitectónica y pulida, elogia la de Crespo, su grandeza espiritual, y piensa que “habría cundido, repercutido, multiplicándose”, el eco de su canto, en circunstancias menos aislantes. El P. Aurelio Espinosa Pólit, de ilustrado criterio, de exquisita sensibilidad artística, en su estudio LOS CLASICOS Y LA LITERATURA ECUATORIANA, enaltece así el nombre de Crespo:

“Tres cumbres superiores señalamos en nuestra historia literaria: Olmedo, Montalvo y Crespo”.

“Y cuando al pasar en revista los grandes poetas de nuestro continente, desde México hasta Magallanes, se hojeen los versos de Darío, de Chocano, de Asunción Silva, de Valencia, de Lugones, de Herrera Reisig, de Amado Nervo y a continuación se recorre la obra inmensa (de la que sólo una pequeña parte está reunida en volúmenes, mientras mucho más anda desparramado en revistas y periódicos o lastimosamente inédito); la obra, digo, del más fecundo y genial de nuestros poetas, se pregunta uno qué le falta para estar al igual de cualquiera de aquellos que por consentimiento universal forman parte de la “bella Scuola de los señores del altísimo canto”—Dante. DIVINA COMEDIA—y aparece en toda su deformidad la injusticia de la suerte que no ha estampado aún entre los nombres de los epígonos de América el nombre de Crespo Toral”.

El laurel apolíneo que la nación toda le ciñó a la frente, homenaje es que revela la admiración que la clase intelectual siente por el Poeta. Y mañana—tengo fé—su veneranda efigie ha de esculpirse en el mármol que hable a generaciones y generaciones de la excelsitud de su espíritu.

Su muerte

Majestuoso, sereno había ascendido a la cumbre de la vida; a la sacra cumbre a donde no llegan sino aquellos que saben la ciencia del vivir. Octogenario casi, la nieve del Tiempo le había aureolado de blancuras. El rostro tenía ya la expresión de eternidad del bronce.... Los ojos, hechos a escrutar paisajes de infinito, adquirieron un no sé qué de grave solemnidad y vago misterio.... El cuerpo, laso, fatigado, parecía pedirle a la entraña de la tierra un cojín de paz para el último sueño....

El VANITAS VANITATUM del Profeta nunca le había sonado en el corazón con la trágica claridad que le sonaba en sus últimos días.... TODO ES VANIDAD Y AFLICCIÓN DE ESPIRITU, debía de haber estado musitando el Poeta de crepúsculo a crepúsculo.... ¡VANITAS VANITATUM....! Y su senda se recoge en sí misma, y se polariza toda ella hacia Dios. Reniega de su amor al campo. Menos frecuentes son sus visitas a la alquería. Ahora hace intensa vida interior, preparándose, así, para entrar por la áurea puerta del ocaso a las albas regiones del Más Allá.... Como Amiel, sabía quizá que "sólo hay una cosa necesaria: po-

seer a Dios". Y su vida, murmurante de oraciones, corre en pos del Océano de lo Eterno Impolutos, sus días se postran de hinojos ante el legendario Madero. Extáticas, se sumen sus horas en lumínicas contemplaciones ante el Misterio Día a día va desviándose de las opacas envolturas de la tierra para desnudar la luz de su espíritu anheloso de perenne luz

Desde lejos, escucha, acaso, los silentes pasos de la Intrusa; pero no tiembla con el humano temblor del que se recela de lo Eterno: la espera en paz, un día y otro día: la espera, ardiendo la votiva lámpara de su oración

La miseria de la carne comienza a desmoronarse. Comienza el frío de la tumba a morderle los entumecidos miembros. Insinúanle un viaje. Háblanle del milagro del mar, de las bondades del trópico; pero él, con un gesto de ascético desdén, rechaza toda panacea ! Sólo espera la paz del último sueño . . . ! En sus alucinantes insomnios escucha, tal vez, los sombreros pasos de la Intrusa, y contempla los dilatados valles de la Eternidad . . . "No hay provecho debajo del sol", quizá se dice para sí, y siente una abrasadora sed de penumbras y quietudes . . .

¡Amor de artista! Una de sus preocupaciones son sus libros inéditos. Sus últimos meses los dedica a aclarar y ordenar sus manuscritos; a destruir, acaso, los que, al correr del tiempo, perdieron color y vida. EL SIGLO FUTURO, EL REGRESO, PENSAMIENTOS Y CANTARES, LA TRISTEZA DEL CAMINO, TRISTITIA RERUM, EL RITMO DE LAS HORAS, IDILIOS DE LA MUERTE, BALADAS, PATRIA, EN EL PAIS DE LOS SUEÑOS, EN EL ATRIO DEL TEMPLO, son, entre otros, los libros que quedan en sus arcones.

La enfermedad que avanza le obliga a recluirse en el hogar. Tórnase en cenobita. Recostado en un diván, desde una de las galerías de su casona, contempla los azulosos cielos de junio, el verdoso paisaje del Ejido; escucha el susurro de los arbolares, los murmurios del Tomebamba Piensa en el milagro vital de la naturaleza; en tanto él se siente atardecer . . . se siente alejarse a los valles de la Muerte, de donde no ha de volver jamás a esta tierra frutecida de cariños

El paisaje es una música de ensañaciones y recuerdos ¡Cómo sonaría el paisaje de esas horas en el alma del Poeta ? Acordaría se ¡—quién sabe—! de esos días de fervor, de entusiasmo por las cosas de la vida, cuando en él se enrespaba el mar del patriotismo cuando todo él era tupida selva de canciones en tan-

to ahora, penseroso, crepuscular, es un lago de agonioso silencio que está escuchando, cada vez más cerca, los pasos de la Intrusa

¡Miserias de la carne! La enfermedad que se ahonda, el dolor que le lacera crucificanle en el lecho Paciente, resignado sufre las torturas del mal ! ¡Ni una lastimera queja ni una desolada imprecación lanza al Cielo! Con una melancólica dulzura de santo pasa contando las largas horas que le acribillan la enflaquecida carne

¡La ciencia, la pobre ciencia humana, derrótase, al fin! Ni la más ligera esperanza, dibújase en la tetricidad del horizonte ¡Avecínase la Intrusa ! ¡Lá sienten todos! ¡Tiemblan! ¡Sollozan! ¡Empalidecen! Son las diez de la mañana. ¡La Intrusa está en asecho ! Pero antes, campanillas y cirios anuncian que llega la Hostia. El Poeta la recibe en lo más íntimo de su fè Luego queda sumido en blanduras de paz La voz se le ha apagado, pero el espíritu vela aún

¡El día avanza a la tarde y el Poeta se aproxima a la Muerte! Parientes y amigos rodean su lecho. El rostro que adquiere extrahumanos visajes, las pupilas que se cuajan de sombras indican que se acerca a lo final Danle a besar un Crucifijo. Colócanlo sobre el pecho. El Poeta, amoroso, lo estrecha Y a las cuatro y cuarenta de la tarde del ocho de julio de mil novecientos treintinueve, el Poeta, grave, silencioso, se abraza con el Gran Silencio de la Muerte.

¡Entonces fué la conjunción de la luz y las sombras !

¡Entonces fué el pasmo del eclipse !

El Poeta está más allá del dolor y la miseria de este valle El Poeta, ungido con óleo de eternidad, está ya entre los Inmortales pero su ciudad sieñte la angustiosa desolación de las ruinas la callada soledad del desierto la negra tiniebla de la noche Es que el Poeta, coronado con todos los laureles de esta tierra escoltado por todos los ruiñeños de estos huertos alejése en un esquife de luz de nuestra luz.

INDICE

	<u>PAGINAS</u>
INTRODUCCION	5
SUS PRIMEROS AÑOS	9
EL PROSADOR	15
I—El Ensayista	17
II—El Historiador	27
III—El Biógrafo	33
IV—El Crítico	39
V—El Esteta	43
EL POETA	47
I—Lo Humilde	49
II—El Sentimiento de la Naturaleza	53
III—El Sentimiento del Amor	57
IV—El Sentimiento de Patriotismo	61
V—El Sentimiento de Dolor	63
VI—El Sentimiento de Religión	71
EL MAESTRO	73
SU MUERTE	77